

# El minuterero

## Selección de microrrelatos

### Taller de letras del Ateneo

Cuando iniciábamos la pequeña aventura de programar una sección de Escritura Creativa en el Ateneo, y puesto que casi todos los asistentes se estrenaban en las tareas literarias, poco podíamos imaginar que los resultados fueran a resultar tan satisfactorios como lo han sido. Una selección de los frutos de esos escritores en ebullición son recogidos aquí como testimonio de un buen hacer, una mejor dedicación y unos talentos que afilan sus habilidades para seguirnos sorprendiendo con un torrente de historias poderosas. Son relatos pensados para ser leídos

en un minuto o menos; pero no nos engañemos: aunque esta literatura tan breve como intensa siempre se consume pronto, no es menos cierto que a menudo se digiere con relajada y apacible complacencia.

Empezaremos la serie con Mayte Garesse. Su total inexperiencia en el terreno narrativo hace aún más sorprendente la calidad de los microrrelatos concebidos por ella a lo largo del curso. Maite nos propone un producto de poderoso impacto visual que combina el trazado cotidiano con un destello de ecos surrealistas.

#### *Reencuentro familiar* de Mayte Garesse

A veces, las noticias viajan en el tiempo y también en el espacio. ¿Cómo si no, la hoja de “Ecos de Sociedad” de un periódico local malagueño, publicado cuarenta años atrás, ha podido servir para envolver mi compra de esta mañana en el madrileño mercado de “Maravillas”?

Contemplo fascinada una foto de mis padres, en el día de su boda, bajo la cabeza de una pescadilla.

A Emilio Velasco lo relacionamos con la capacidad para contar historias por su afición a ejercer de cuentacuentos. Ahora que se ha atrevido no solo a contar sino también a imaginar lo que nos va a contar, comprendemos que nos

estábamos perdiendo un activo nada despreciable. Su relato de un fugaz romance crepuscular nos ha cautivado porque pocas veces se habrá viajado de la ilusión al desengaño con tan pocas palabras de por medio.

#### *Aprendiz de viejo* de Emilio Velasco

Alborozado, feliz, silbando y a saltos, bajaba Aurelio las escaleras del Metro. Era el día de su cumpleaños número setenta. Se sentía en buena forma y mucho más joven de lo que indicaba su DNI. Al cerrarse tras su espalda la puerta del abarrotado vagón, un gozoso escalofrío empezó a recorrer su cuerpo, de los pies a la cabeza, mientras miles de mariposas

iniciaban un frenético vuelo en sus entrañas. Una chica, sentada, lo miraba fijamente y sonreía. Pero el aleteo de las mariposas se cortó bruscamente y el escalofrío no llegó ni a la rodilla cuando la chica, sin dejar de mirarlo ni de sonreír, se levantó para cederle el asiento.

Amalia Soro ha demostrado una magnífica predisposición para la narrativa corta. Hemos seleccionado dos ejemplos tan breves que perfectamente se podrían inscribir en el campo

del nanorrelato. Sus fuertes son la versatilidad argumental y la delicadeza con que a veces se atreve a internarse por los arcanos del apunte sensible.

### ***El escritor*** de Amalia Soro

—¿Esta es la novela negra que estabas escribiendo? —le dijo, mientras le señalaba el montón de hojas carbonizadas.

### ***Jugando a los médicos***

Mis amigas dijeron: no nos gusta la muñeca negra. Cualquiera menos ella, quédatela tú.

La he cogido y al auscultarla he oído latir su corazón.

Era uno de los pocos que tenían experiencia previa como narradores, y Diego Álvarez no ha defraudado a nadie con sus contribuciones. En sus relatos casi siempre tienen cabida

la sorpresa y cualesquiera desencadenantes que conduzcan a la tensión y a la inquietud, aunque esos elementos quepan dentro de una cajetilla de fósforos.

### ***Tribulaciones de una cerilla*** de Diego Álvarez

Hacinada en su diminuta prisión, se estremecía cada vez que una mano se llevaba a una de sus compañeras. Horror le daba que le llegara el turno. ¡No ansiaba para nada la libertad!: la presentía efímera. Sospechaba que, en el protagonismo fugaz de una llamarada, perdería la cabeza.

El punto fuerte de Adriana Fernández es la descripción de atmósferas y sensaciones. Ella posee la receta para hacer de la dosificación de los hitos narrativos un aliciente extra para con-

quistar el interés del lector, y lo hace sin perder nunca de vista que la formulación clásica de muchas historias todavía se pliega con reverencia al formato presentación-nudo-desenlace.

### ***Instantáneas*** de Adriana Fernández

Desde que comenzara su carrera de fotógrafo, nunca se había sentido así. Aquella tarde de canícula, de sombras secas en ardientes balcones y de tórridas habitaciones en las que los azules se tornasolaban, comenzó

a desplegar en el escritorio las últimas fotografías hechas unos días atrás. Como tantas otras veces, fue colocándolas unas al lado de las otras de forma mecánica. Poco a poco, a medida que el proceso avanzaba, se iba colando en la estancia cierta frialdad inexplicable. El aire sofocante estaba dando paso a sensaciones de cristal, pero él, abstraído por su trabajo de revisión, parecía no inmutarse. Recorría con lupa todos los rincones capturados en la instantánea: tejados, terrazas, patios, calles, puertas, ventanas... Siempre le compensaba dicha tarea ya que, de ese modo, conseguía descubrir los detalles más insólitos.

Sin saber por qué, después de llevar un rato escudriñando las fotos, se sentía mal. Un extraño escalofrío recorría su cuerpo, sus manos se estaban quedando inoperantes a causa del frío paralizante y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo estaba pasando. Se asomó por la ventana y percibió el calor pegajoso que invadía la tarde; sin embargo, en la habitación se había instalado un ambiente gélido.

Volvió a su escritorio para continuar con la última de la tanda. Estaba mirando una de las casas retratadas. A simple vista no se veía nada, pero bajo la lente de aumento apareció una figura misteriosa apoyada en el alféizar de la ventana. Colocada de frente, parecía estar mirándole. Tan rápido como le permitieron sus dedos entumecidos, buscó otra lente más potente para poder ampliar la imagen, y cuál fue su sorpresa cuando vislumbró a una mujer vestida con hábitos de monja. Para entonces, los temblores invadían ya su cuerpo y respiraba con dificultad. Nunca hubiera imaginado lo que la lupa revelaría que aquel rostro era una calavera enmarcada en una cofia. Seguidamente, tras un inesperado vértigo, el fotógrafo cayó muerto, dando con sus huesos contra el suelo.

Fidelia Guerrero hace de sus relatos láminas literarias naturalistas, dibujos notariales de proximidad; por decirlo de otra manera, sabe convertir lo que ven sus ojos en estampas de un costumbrismo sin resabios casticistas. Esas

observaciones se hacen en sus manos cosa importante cuando almacenan valores expresivos tales como la sutileza o, muy a menudo, cierta perspicacia para aprehender con socarrona ironía el mundo que nos rodea.

### *Reunión familiar* de Fidelia Guerrero

Después de tanto tiempo, la familia se reunió de nuevo debajo de aquella higuera, ahora acompañada por un inmenso laurel que había crecido robusto y feliz lejos de la ciudad.

Todos se fundieron en un abrazo, círculo perfecto, tan fuerte que a través de él recompusieron los trozos de sus almas heridas.

Flotaba en el ambiente una paz interior, conseguida después de múltiples batallas y golpes de la vida.

El nieto, sin titubear, ejecutó el ritual.

El viento de levante hizo el resto.

Sabe Ignacio Herranz cuidar bien la puesta en escena y administrarnos de manera progresiva toda esa información capaz de ubicarnos sin demasiados circunloquios en el meollo de la

cuestión. Esa destreza la pone esta vez al servicio de una idea conservacionista que nos llega a golpear como el aldabonazo de una llamada perentoria.

## *El windsurfista* de Ignacio Herranz

Brillaba el sol, arreciaba el viento... Los días de espera y paciencia por fin alcanzaban la ansiada recompensa. Era un día perfecto. Mientras preparaba todo lo necesario para afrontar su nueva aventura, la excitación del windsurfista crecía por momentos, incluso un atisbo de nerviosismo turbaba sus sentidos creando en él una angustia que no lograba controlar.

Por el camino trataba de imaginar cómo sería hoy aquel escenario donde incluso lo bien conocido nunca parecía igual. Miraba las nubes, los árboles, el paisaje, intentando adivinar qué circunstancias lo esperaban al llegar a su destino mil veces soñado.

La excitación iba en aumento mientras recordaba, escuchando un viejo CD de los Eagles, las experiencias vividas en otras latitudes; las imágenes se agolpaban en su mente: lugares llenos de vida, fauna y flora exuberante y rica; en definitiva, nuestro planeta en lucha por no sucumbir ante el avance destructor del género humano.

Minutos más tarde ante él se abría su soñado paraíso; de frente, el océano donde en tiempos pretéritos se creía que acababa la tierra; a su espalda, suaves colinas coronadas por gigantes en movimiento; a su derecha, la duna que no paraba de crecer: todo parecía estar como siempre y todo se veía nuevo.

El mar llamaba con sus ondulantes olas y de pronto se vio cabalgándolas frenéticamente; la adrenalina fluía por sus venas, la sensación era electrizante, la alegría, “mientras agradecía al hacedor semejante dicha”, colmaba sus sentidos al tiempo que los peces voladores saltaban huidizos ante sus veloces acometidas. En esos momentos se sentía afortunado, gozando una vez más de un trocito de naturaleza cuasi virgen que está bajo la amenaza del urbanismo rampante, presto a asestar un nuevo golpe a la naturaleza de nuestro entorno.